

REFLEXIONES SOBRE LAS MIGRACIONES

Escola Lacaniana de Psicanálise-RJ

INTRODUCCIÓN

En el siglo XX, en *Historia de la Locura*, Michel Foucault (1978) hace referencia a la “nave de los insensatos” y asocia a ella lo que Erasmo de Rotterdam indicara como la presencia viva del mal entre los hombres.

Es a partir de esa mirada crítica sobre la intolerancia del hombre ante el hombre, su concepción sobre lo normal y lo patológico, a partir de sus pre-juicios, que podemos encontrar en *Historia de la Locura* de Michel Foucault (1978), una primera indicación importante para lo que nos lleva a nombrar como “desarraigo forzado” la búsqueda por distintos tipos de libertad.

Una de las consecuencias más trágicas de esas rupturas es el borrar del idioma materno y de las tradiciones en las generaciones futuras. Cabe entonces preguntar qué es lo que ocurre con la subjetividad de quienes rompieron profundos lazos con el Padre/Patria, tanto por elección como por imposición.

El Psicoanálisis se apropia del término “lengua materna”, cambiando lo que se suele entender por esta expresión. Pero la “lengua materna” es el idioma del exilio de todos los sujetos; esté él en su territorio natal o en otras “bordas”.

Lo que se interdió en el habla cae bajo la acción de la represión (olvido) y al mismo tiempo lo que aparece en los tropiezos del habla son formaciones inconscientes retornando “en memoria” de lo que uno no puede recordar. Sin embargo, lo que uno no recuerda puede escucharse en el juego de los significantes en la entonación y musicalidad de la lengua materna, en la lengua del exilio.

Al hablar una lengua extranjera, se borran los significantes inconscientes que expresarían el deseo de origen. Quizás por ello, y en el intento de mantener el lazo con la lengua materna, es frecuente aprender un nuevo idioma conservando la musicalidad de la lengua original, lo que siempre genera extrañeza, cuando alguien nativo escucha al inmigrante expresarse en el idioma que ha adoptado.

La vocación del sujeto es ser migrante, o sea, estar siempre em movimiento de un sitio a otro.

MIGRACIONES EN BRASIL

Particularmente en la historia de las migraciones en Brasil, es importante considerar, además de las inmigraciones europeas y asiáticas requeridas por el Estado Brasileño, aquellas forzadas desde el período del Descubrimiento hasta la actualidad, pasando por los tres siglos de régimen basado en la esclavitud de grandes contingentes de indígenas y africanos.

¿Cuáles las consecuencias subjetivas en el enfrentamiento de una nueva ola inmigratoria y emigratoria en nuestro territorio? ¿Cuáles las consecuencias inmediatas de la no transmisión de la lengua y de la cultura de origen para los que migran de un sitio a otro?

La fuerza de trabajo no documentada y no remunerada fueron los cimientos del crecimiento económico de Brasil, y el peso de la desigualdad ocasionada por esa práctica sigue vivo en la memoria del pueblo.

El final del siglo XIX quizás sea el momento histórico más revelador para la comprensión de que trabajo e inmigración son y siempre han sido interdependientes.

Para muchos, los “brazos civilizatorios” en Brasil y en los demás países de las Américas excluían a los *coolies* y preferían al inmigrante europeo blanco, lo que subrayaba la no inclusión del inmenso contingente de negros y mestizos como “trabajadores libres”.

Coolie (o culí) es un término usado históricamente para designar a los trabajadores manuales oriundos de Asia, especialmente de China y de la India, durante el siglo XIX y principios del siglo XX.

Actualmente, en los países de habla inglesa, se considera al término un apodo despectivo y racista para designar personas de ascendencia asiática.

En Brasil, para “desafricanizar la nación” y “mejorar la agricultura” se necesitaba a otro tipo de trabajador, más preparado para las exigencias de una sociedad que trataba de tener aires europeos. Tal prejuicio en relación a la población africana nada más era que la repetición de lo que le había ocurrido a la población indígena desde los tiempos de la Conquista de América, y la característica más trágica para esos dos importantes componentes de nuestra población fue la pérdida de sus lenguas de origen.

Sí que es verdad que siguen vivos algunos escasos idiomas africanos en nuestro país, y en territorios de nuestra Amazonia sobreviven más de cien otros, indígenas, cuyos usuarios resisten y los preservan afanosamente para las generaciones venideras. Sin embargo, no se puede negar la soberanía de la lengua dominante, un portugués antropofágico, hecho de la incorporación de muchas palabras originarias de esas culturas, a la vez muy ricas y muy infravaloradas en el idioma “brasileño” que resulta de esa mezcla maravillosa.

En su bello tributo llamado “Camões”, el poeta portugués João Baptista da Silva Leitão de Almeida Garret nos faz hace oír las voces olvidadas de los desterrados, de aquellos que parten sin saber si volverán. Son los desafortunados sin Patria, aquellos que han olvidado a la propia lengua para integrarse a una nueva cultura al adquirir un nuevo idioma. Ellos cargarán para siempre la marca de esa pérdida. El principio del poema de Garret puede muy bien señalar el dolor de lo que pasa: “Melancolía, gusto amargo de infelices, delicioso punzar de acerbo espino” (ALMEIDA GARRET, 1963)

La cuestión de las lenguas amazónicas, y muy especialmente la de la “Lengua General”, plantea discusiones interesantes sobre el concepto de idioma materno, sobre todo en Psicoanálisis. En 1720, la política portuguesa había optado por la Lengua General de la Amazonia y Lengua General Paulista, oriundas del idioma Tupinambá, para facilitar el trabajo cotidiano, particularmente en la región de la Amazonia, hasta el punto que el rey de Portugal llegó a exigir, en 1722, que los carmelitas, misioneros y franciscanos aprendieran el “idioma de trabajo”, algo que los jesuitas ya habían hecho largamente.

Fue necesario que pasara el tiempo, casi un siglo y medio, para que la mayoría de los miembros de la colonia adoptara, de modo definitivo, a la lengua portuguesa.

La provincia amazónica fue la última región del país a tener una población con el portugués como lengua materna y eso no ocurrió por medio de la violencia, pero en función de la división internacional del trabajo en la producción del caucho. Esa producción llevó a la provincia a cerca de 500 mil nordestinos (en aquel entonces considerados “nortistas”), versados en la lectura y escritura del portugués, entre 1872 y 1910, con el intuito de buscar trabajo y tener derecho a una pequeña parcela de tierra donde pudieran asentarse.

La cuestión del idioma materno – importante y hasta esencial para la integración de la región amazónica al Estado brasileño, y el hecho de que ni siquiera los portugueses que venían de Portugal eran realmente conocedores del portugués escrito, puede ilustrarse por medio de la experiencia del naturalista y explorador inglés Henry Bates.

Al navegar por el bajo río Amazonas en 1849, con una embarcación que abrigaba a una tripulación que mezclaba *tapuios* (mestizos indígenas) y portugueses, Bates relata el caso de un joven de Trás-os-Montes, iletrado, mientras diversos indígenas eran conocedores de la Lengua General y del portugués. Ese joven cuenta que había dejado a su aldea a los 10 años, Póvoa de Varzim, en el norte de Portugal y se marchara al Pará, donde se había quedado por nueve años, ya con el dominio absoluto de la Lengua General. Sin embargo, un día se encontró con libros bien conservados dentro de un cesto. Relata él: “Al completar mis 12 años, me avergoncé por no saber leer” (BESSA FREIRE, 2004, P.221). Y fue al depararse con el poema “Camões”, de Garret, que el joven portugués iletrado pudo, al intentar descifrar lo que allí estaba escrito, “poner fin a su vergüenza”.

Ese joven, Francisco Gomes de Amorim (1827-1891), empezó a organizar sesiones colectivas de lectura para los *tapuios*, negros, mulatos y otros iletrados, y llevaba las historias europeas para aquellos que no lograrían tener acceso a ellas si no fuera por medio de un buen contador, que, después de pasar él mismo por el analfabetismo, se convirtió en el primer escritor portugués a hacer de la Amazonia su granero de instrucción para diseminar, a partir de la lejana Alenquer, en el bajo Amazonas, toda la riqueza y la importancia integradora de la literatura.

VICISITUDES DE UNA NUEVA OLA INMIGRATORIA

Bajo el título de “Por qué la guerra”, hallamos la correspondencia entre Freud y Einstein, publicada en 1933 (ESB. Vol XXII) ya en el período de gran tensión en Europa, pocos años antes del principio de la Segunda Gran Guerra.

En una de las cartas, Einstein le pregunta a Freud se sería posible evitar las guerras. Él se refería al conflicto entre naciones, a la intolerancia religiosa y racial; a la acción desenfrenada de la Pulsión de Muerte, sin posibilidad de mediación simbólica.

Einstein había comprobado el fracaso de la ciencia, de la intelectualidad y, por fin, de un ideal jurídico y supranacional.

Freud le contestó declarando que la violencia siempre estuviera presente en la relación entre los hombres, primero por la imposición de la fuerza bruta, después por las armas y, finalmente, en las leyes establecidas en una colectividad que le impone al individuo el poder de decidir sobre su destino. El poder desmesurado y el goce en subyugar siempre han prevalecido sobre la vocación para la paz, pretendida en el proceso civilizatorio.

Yuval Noah Harari, en su libro “21 Lecciones para el Siglo XXI”, 2018, nos dice que “aunque la globalización haya reducido las diferencias entre culturas por todo el planeta, al mismo tiempo hizo que fuera mucho más fácil encontrar a desconocidos y a sus rarezas. Es por las vías de la sublimación que muchos inmigrantes buscan crear contornos para la violencia sufrida. ¿Pero qué hacer cuando ese camino está bloqueado? ¿Cómo superar el horror y la desolación?

En el desierto de Mafrak, entre Siria y Jordania, en un campamento provisional para refugiados, ochenta mil personas intentan sobrevivir a una guerra que ha empezado con la Primavera Árabe, que comenzó con las protestas contra el régimen de Bashar al-Assad y asumió un sesgo religioso.

Los interdictos mueven el deseo de saber. Al ser el sujeto inmigrante, el modo y el sitio donde se instala onde se instala guardan rasgos que, aunque le sean foráneos, le hacen recordar algo de familiar.

Dejar la tierra de origen siempre produce efectos de desarraigo cuyos rasgos retornan en los descendientes, a veces de modo profundamente enigmático.

Existen situaciones que vienen a recubrir el desplazamiento voluntario y es en ellas donde se plantea el drama de los inmigrantes, pues esos individuos huyen de las más diversas coyunturas insoportables y muchas veces no logran expresar la razón de lo que les ha movido hacia otros territorios. Especialmente si la causa fue una situación de horror, una guerra, una incompatibilidad familiar etc. Los inmigrantes quieren olvidar el dolor sufrido.

Olvidar trae consecuencias y las marcas silenciadas retornan en las generaciones posteriores, ocasionando inúmeros síntomas.

Es posible ventilar la hipótesis de muchos estados melancólicos, psicosis y situaciones límite que tengan origen directa o indirectamente en esos desplazamientos forzados, onde uno deja la lengua, las tradiciones, los amigos, en fin, todo lo que se ha tardado décadas y generaciones en construir.

Si uno no puede estar seguro, hace falta partir; la supervivencia impulsa a los sujetos, aunque se desconozcan los riesgos.

La necesidad de asegurar un futuro para uno mismo y para los suyos, lleva al hombre a vérselas con “mares nunca antes navegados”.

Al hablarle a otro de su sufrimiento, se rompe el silencio mortífero, se crea la posibilidad de algún acogimiento. Direccionar en el habla la razón del dolor de existir es dar voz al discurso inconsciente, es crear una vía de separación entre el sujeto y el objeto de su desasosiego, aunque en el retorno de lo que se ha quedado sin palabras, uno no logre encontrar representación alguna para lo que le ha hecho callarse. Exiliado de su tierra, el sujeto solo tiene como memoria a su discurso, y como patria a su lengua.

“[...] la memoria, para que pueda funcionar bien, siente la necesidad de un entrenamiento incesante: si no se suscitan recuerdos, seguidamente, en conversaciones entre amigos, ellos desaparecen. Los emigrados agrupados en colonias de compatriotas se cuentan hasta la náusea las mismas historias, que, así, pasan a ser inolvidables [...] Porque la añoranza no intensifica la actividad de la memoria, no suscita recuerdos, se basta a sí misma, a su propia emoción, absorbida como está por su propio sufrimiento.” (KUNDERA, 2015, p.26)

Aquél que abandona a su tierra de origen lleva en el equipaje la pregunta: “¿y si yo me quedara?” En otro país, sumado a las dificultades de aprender el nuevo idioma para integrarse a la cultura reinante, surge un sentimiento de culpa camuflado de nostalgia.

Un superyó exigente impone al extranjero la obligación de excelencia en cualquier elección, sea en el trabajo o en la familia. Para que sea válida la inmigración, es clave rehacer el nombre en el país de adopción. Solamente el éxito podrá, secretamente, legitimar la partida y, al mismo tiempo, redimir el sujeto de lo que ha perdido. ¿No es ese el punto de repetición en toda la historia inmigratoria de la humanidad?

Y el país que recibe a esos ciudadanos de todas partes para ofrecer su fuerza de trabajo, su cultura y principalmente, su descendencia, necesita recordar que esta es la vocación del ser humano: inmigrar para vivir, sembrar otros campos y cosechar nuevos frutos.

REFERENCIA

ALMEIDA GARRET. Obras de Almeida Garret, v. II. Porto: Lello e Irmãos, 1963.

BESSA FREIRE, Ribamar S.J. Rio Babel. Rio de Janeiro: Eduerj, 2004.

FOUCAULT, Michel. História da Loucura (Historia de la Locura). São Paulo: Perspectiva, 1978.

KUNDERA, M. A ignorancia (La Ignorancia). São Paulo: Companhia de Bolso, 2015.

ROTTERDAM, Erasmo de. Elogio da Loucura (Elogio de la locura). Rio de Janeiro: Ediouro, s/d.

VILLEN, Patrícia (In)visíveis globais: imigração e trabalho no Brasil. (Invisibles globales: inmigración y trabajo en Brasil) São Paulo: Alameda, 2018.

HARARI, Yuval Noah. “21 Lições para o século 21” (21 lecciones para el Siglo XXI). São Paulo, Companhia das Letras, 2018, p.178